



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

SEGURIDAD POLÍTICA

SILVINA M. ROMANO

Febrero 2018

**SEGURIDAD POLÍTICA.
REFLEXIONES CRÍTICAS SOBRE SU DEFINICIÓN Y USO EN EL SISTEMA
INTERNACIONAL CAPITALISTA NEOLIBERAL**

Por Silvina M. Romano^{1*}

La siguiente reflexión sobre seguridad política se articula a partir de dos preguntas bastante simples pero que pueden ser orientadoras para comprender el alcance del concepto de seguridad política y sus proyecciones en la práctica de los Estados y el sistema internacional capitalista en su fase neoliberal. ¿Seguridad de quiénes y para quiénes? En otras palabras: quiénes definen la seguridad, para resguardar qué intereses.

Proponemos un abordaje del concepto como parte del proceso histórico de consolidación del sistema capitalista internacional (estructurado en torno a la dinámica centro-periferia) a partir de la Guerra Fría y su derivación en el neoliberalismo, considerando la desarticulación del bloque soviético y el ataque a las Torres Gemelas como momentos de inflexión en las prácticas y el debate sobre seguridad política a nivel internacional.

En términos generales, la seguridad se define en buena medida en virtud de aquello que se considera como amenaza, que a su vez se vincula con quién/es es/son el “enemigo” y cómo enfrentarlo. A partir de la Paz de Westfalia y el ascenso de los Estados-nación como principales actores del sistema internacional, la seguridad es definida en términos de los intereses y necesidades de los Estados para preservar valores como la soberanía, la independencia política y la integridad territorial; valores definidos por los tomadores de decisión y los intereses de los grupos con poder económico e influencia política al interior de cada Estado. Los análisis sobre el rumbo tomado por los Estados en términos de seguridad (y su impacto en el medio internacional) adquirieron especial protagonismo a principio del siglo XX y en los albores de la Primera Guerra –a los que se suman las lecturas sobre el imperialismo, aunque luego quedarán como “periféricas” en el campo disciplinar de las relaciones internacionales que se estaba configurando².

¹ Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC), Universidad de Buenos Aires. Miembro del Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica (CELAG). Dra. en Ciencia Política, Licenciada en Historia y Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

*Agradezco las correcciones y sugerencias de la Dra. Aránzazu Tirado Sánchez, que han enriquecido este texto.

²Nos referimos a las obras de Hobson, Hilferding, Lenin, Bujarin y Rosa Luxemburgo.

En el contexto del triunfo de la Revolución Rusa y como punto final de la Gran Guerra, se impuso la lectura “internacionalista liberal”, reflejada en el Tratado de Versalles y la creación de la Sociedad de las Naciones (centrada en principios del “idealismo” liberal wilsoniano). A la paz “dictada” (no negociada) que obligó a los perdedores a hacerse cargo del costo total de la guerra, se sumaron las “fallas” mostradas por el sistema capitalista en la economía estadounidense (crisis de los '30) y al auge del fascismo, que contribuyeron a la inmediata preparación de la siguiente contienda mundial (Hobsbawm, 1999). En ese escenario, se reforzaron las lecturas realistas sobre seguridad, que entre otras cuestiones, permitieron legitimar el protagonismo de EEUU en la Segunda Guerra (o en cualquier guerra), como estrategia para “salvarse a sí mismo”: “una nación es segura cuando no debe sacrificar sus intereses para evitar la guerra, sino cuando es capaz de defender dichos intereses por medio de la guerra” (Lippman, 1943: 35-55).

Terminada la contienda mundial, EE.UU. lideró como “primus inter pares” la conformación de un nuevo orden mundial, incluidas instituciones y normativas económicas, financieras, de asistencia para el desarrollo, cuestiones migratorias, culturales etc. (materializadas en las Cartas fundacionales y objetivos de organismos como el FMI el BIRF (hoy BM), la ONU y sus agencias).

Este nuevo orden mundial, también dejó a la luz el verdadero (y de larga data) “enemigo”: el comunismo internacional, que devino en uno de los componentes fundamentales de la redefinición de la seguridad nacional, y del mismo “realismo político” —que a pesar de las aparentes diferencias con el internacionalismo liberal que gustan de enunciar los *policy-makers*, incorporó la defensa de los valores y modo de vida americano como medios fundamentales para garantizar el “poder” (Romano, 2010; Vásquez, 1991). La redefinición de la seguridad nacional se materializó en reformas institucionales fundamentales para el mundo de posguerra, como la Ley de Seguridad Nacional de 1947 (mediante la cual se crea la Agencia Nacional de Inteligencia, el Departamento de Defensa, el Consejo de Seguridad Nacional, etc.). Se institucionalizó así un Estado de Seguridad Nacional preparado para una guerra permanente contra la expansión del comunismo a nivel nacional e internacional (Wills, 2010; Barnett, 1974).

El discurso y la toma de decisión impulsada por el gobierno/sector privado estadounidense y las potencias occidentales al inicio de la denominada Guerra Fría (con la

Doctrina Truman de 1947), busca establecer, reproducir y consolidar un consenso en torno al sistema capitalista como orden económico, político, social y cultural superior³, por lo tanto deseable y susceptible de ser impuesto por los medios más violentos, pero también mediante las estrategias más sutiles (Said, 1996, 2004). Todo movimiento o proceso que buscara apartarse de este sistema sería considerado como una amenaza, categorizado como enemigo o potencial enemigo, subdesarrollado y/o incivilizado. El sistema internacional se configura como un sistema institucionalizado de control que sistemáticamente moldea las instituciones y estructuras de los países periféricos y limita su libertad de acción, si es que han de evitar las sanciones del sistema, ante alternativas definidas por el sistema mismo (Johnson, 1970: 114).

En este contexto, adquiere cada vez mayor evidencia quiénes definían los alcances, funciones e intereses “nacionales” estadounidenses, directamente vinculados a la noción de seguridad propia del realismo político. Se trata de una minoría privilegiada compuesta por la cúpula empresarial, de las Fuerzas Armadas y de la clase política. Charles Wright Mills (1978) bautizó a esta minoría y sus vínculos como la elite del poder. Este grupo selecto contaba con el asesoramiento directo o indirecto de una serie de intelectuales que “marcaron tendencia” en las ciencias sociales (Edward Bernays, Walter Lippmann, Walter Rostow, entre otros), destacándose la creación y legitimación del campo de las Relaciones Internacionales como una auténtica creación “americana” en el contexto de Guerra Fría (Hofman, 1991).

Este círculo con acceso privilegiado a la toma de decisión, que trascendía las diferencias entre republicanos y demócratas, “lo público” y lo privado, empresarios y políticos, civiles y militares, contribuyó a definir y expandir un sentido común (ideología) en torno al *american way of life*. Este sentido común se caracterizó entre otras cosas por una concepción de seguridad atada a una ambigua y cada vez más extensa noción de “amenaza del comunismo internacional” –incluyendo desde el antiimperialismo y el nacionalismo hasta la insurgencia y subversión– que parecía haber corroído las “bases mismas” del

³ En palabras de Truman: “Una forma de vida está basada en la voluntad de la mayoría, y se distingue por instituciones libres, gobierno representativo, elecciones libres, garantía de las libertades individuales de expresión y religión, libertad de represión policial. La segunda forma de vida está basada en la voluntad de una minoría impuesta por la fuerza sobre la mayoría. Se funda sobre el terror y la opresión, la prensa y la radio controladas, elecciones prefijadas y la supresión de libertades individuales” (The Truman Doctrine calls for aid to Greece and Turkey to contain totalitarianism, 1947 en Griffin y Baker, 2001: 202-203).

Estado norteamericano, tal como puso en evidencia la persecución encubierta de “subversivos” en territorio estadounidense (Glick, 2009).

Parte del rol de EEUU como potencia hegemónica al término de la Segunda Guerra Mundial se debió al auge de su complejo industrial militar, en particular a la posesión de armas de destrucción masiva, como la bomba atómica (probadas como efectivamente mortíferas en Hiroshima y Nagasaki). Sin embargo, la Unión Soviética, pronto logró un desarrollo tecnológico similar. En esta suerte de “empate” en la carrera armamentista, adquirió un rol primordial la “seguridad política”, como estrategia para evitar la salida militar, en virtud de la posibilidad de una “guerra total” (y de la destrucción total del planeta). Con ella, adquirieron vitalidad la “guerra política” y la “guerra psicológica” para legitimación del orden capitalista y contención de la expansión comunista, como estrategias diferentes (o complementarias) al uso de la fuerza militar directa (Ver: Foreign Relations of the United States (FRUS), 1945-1950. Emergence of the Intelligence Establishment. Psychological and Political Warfare).

La seguridad política es un valor que en los hechos requiere de respaldo militar y económico para garantizar integridad territorial y soberanía, además de un mínimo consenso (aceptación) sobre su alcance e importancia. El consenso se constituyó en torno a la expansión de la democracia liberal como sistema político deseable y como condición de posibilidad de la seguridad nacional estadounidense y de las potencias occidentales. Como estrategia fundamental para lograr la seguridad política (que sería alcanzada solo cuando todos los Estados asumieran el modelo democrático de EEUU) se implementaron diversas herramientas de reproducción ideológica que legitimaron este orden político-social-cultural –dando cuenta del rol clave otorgado a maniobras de “poder blando” en un entorno demarcado por principios realistas. Un ejemplo es la expansión/imposición del paradigma del desarrollo (desde la perspectiva de W. W: Rostow), respaldado por planes de asistencia para el desarrollo y de “seguridad interna”, y articulado con una serie de productos culturales que difundieron el “modo de vida”, y especialmente el modo de consumo, americano (Mattelart y Mattelart, 1997).

La seguridad política devino en sinónimo de democracia liberal y libertad de mercado. Pero todo concepto de seguridad incluye una definición de amenaza y la consiguiente (re)definición del enemigo. En el caso de la política exterior de EEUU hacia espacios

periféricos, en particular a partir del triunfo de la Revolución Cubana, la amenaza comunista abarcó un espectro cada vez más amplio: el antiimperialismo, el nacionalismo, la subversión o la insurgencia. El enemigo no solo eran los integrantes del “partido comunista” o sospechosos de actividades comunistas o con algún tipo de vínculo con las potencias comunistas, sino todos aquellos individuos, grupos, organizaciones que cuestionaran el orden capitalista internacional (sea en sus aspectos económicos, políticos, sociales, culturales, etc.). La amenaza incluía tanto acciones políticas concretas (creación de partidos políticos, movimientos guerrilleros, organizaciones sindicales, programas de gobierno, grupos de acción cultural, social de base, etc.) como manifiestos, comunicados, encuentros, prensa, piezas literarias, etc. Toda acción o manifestación en contra del orden instituido debía ser combatida. La asunción de gobiernos cívico militares dictatoriales y represores fue bienvenida y apoyada por el gobierno/sector privado estadounidense (González Casanova, 1979).

Estos gobiernos encontraron su lugar en el marco de la doctrina de seguridad hemisférica pautada por EEUU a través del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (1947) y la creación de la Organización de los Estados Americanos (en pleno bogotazo). La idea de seguridad política atada al “anticomunismo”, se materializó asimismo en leyes y programas de asistencia para la seguridad y el “desarrollo”. La ley de asistencia para la seguridad mutua (1952), la asistencia en armamentos y cursos de entrenamiento, que adquirieron un rol protagónico a partir de la era Kennedy, cuando la asistencia para el desarrollo fluyó de modo complementario a la asistencia para la seguridad para acabar con la subversión (por medio de la AID, hoy USAID en el marco de la Alianza para el Progreso) (Romano 2013). Esta versión de la seguridad política se reveló implacable frente al enemigo insurgente y subversivo. Fue adoptada por las élites locales, los sectores tradicionalmente anticomunistas, la iglesia y las FFAA. Se tradujo en lineamientos y prácticas sintetizados en diversas “doctrinas “de seguridad interna”, de criminalización, persecución, tortura y eliminación física del adversario político.

Esta escalada en el uso intensivo de la violencia implementada por regímenes autoritarios con o sin fachada democrática, dio cuenta de la pérdida de hegemonía de los “valores occidentales”: el orden de posguerra, de los acuerdos de Bretton Woods, parecía desplomarse en los ’70. Un síntoma de esa debacle fue la crisis del petróleo y la

consiguiente crisis del dólar. Las potencias occidentales presenciaban el “fin” de la prosperidad de posguerra, “la crisis de la democracia” (Crozier, Huntington y Watanuki, 1975). Pero parte de la elite transnacional venía trazando un camino a seguir que resultó efectivo: la implementación de un orden neoliberal como única alternativa posible. Las premisas de Von Hayek se popularizaron en el círculo selecto del Club de Bilderberg, y parte de sus integrantes notaron que había que acelerar algunos procesos antes de que “Occidente” perdiera solidez frente al comunismo (aunque esto implicara dejar fuera del “progreso” a las mayorías de la periferia y a buena parte de la población de los países centrales). David Rockefeller, integrante de una de las familias más influyentes en el gobierno estadounidense desde inicios del siglo XX, organizó la Comisión Trilateral para fundar un Nuevo Orden Mundial, anticipando la desarticulación del bloque soviético.

En los primeros documentos de dicha comisión integrada por representantes del sector privado de EEUU, Europa y Japón, a inicios de los '70, se ponen en evidencia los “problemas” del momento y aquellos que serán incluidos en la definición de seguridad (y amenaza) luego de la desarticulación del bloque soviético: la inestabilidad monetaria y el flujo comercial, la cuestión energética (en particular lo relativo a los países de la OPEP); la cooperación internacional, las relaciones “Norte-Sur”; lo relativo a la “democracia”, la cuestión de las *commodities*, la “necesaria” reforma de las Instituciones Internacionales, etc. (The Trilateral Commission, North America Records: 1-20). Al mismo tiempo, desde el gobierno estadounidense, se advertía sobre algunas “nuevas amenazas”: el problema de la superpoblación mundial y el modo en que esto afectaría a los flujos migratorios, y lo más preocupante, la disponibilidad y acceso a hidrocarburos, esenciales para la “seguridad” de las potencias occidentales (Kissinger, NSSM 200, 1974). A esto se sumó el problema de las drogas, advertido por Nixon frente al estrepitoso aumento del consumo en EEUU a raíz del desastre generado por Vietnam en la sociedad estadounidense (Schmidt, 1971). También se alertó sobre la incipiente amenaza del “terrorismo”. La sanción de la Ley para la Vigilancia de Inteligencia Internacional (FISA, *Foreign Intelligence Surveillance Act*, uno de los antecedentes de la Ley Patriótica de 2002) en 1978 y las posteriores directivas del gobierno de Reagan que asociaron el anticomunismo al terrorismo, fueron solo la antesala de la guerra contra el terrorismo global tras el ataque a las Torres Gemelas en 2001 (Stone y Kuznik, 2012: 288).

A la implosión de la Unión Soviética le siguió una postura “triumfalista” de los Estados centrales de Occidente, sintetizada y justificada en concepciones como las del “fin de la historia”. El nuevo orden mundial, que ya se venía organizando hacía décadas, se institucionalizó y consolidó. La economía y la política serían orientadas por la democracia neoliberal (sin obstáculos significativos): “la democracia de Estados Unidos y su seguridad dependen de la capacidad para expandir este régimen político al resto del mundo” (Berkowitz, 2004).

Ese era el único orden posible (que ya había sido advertido por el *There Is No Alternative* de Thatcher y Reagan). En este contexto, la Comisión Trilateral jugó un rol fundamental en la (re)definición de las nuevas amenazas. Ante la desaparición del antiguo enemigo común, otros problemas se revelaron como urgentes para garantizar la seguridad de los Estados y del sistema internacional: las migraciones, el cambio climático, el terrorismo, el narcotráfico, la pobreza (Kissinger, 1992: 6-7; Maull, 1992: 19). Muchas de ellas siguieron asociadas, sin embargo, al viejo y ambiguo enemigo: el nacionalismo, el antiimperialismo, la subversión y la insurgencia (que no desaparecieron con la desarticulación del bloque soviético, porque en muchos casos, eran preexistentes al bloque comunista).

En este nuevo orden mundial, el concepto de seguridad típico del realismo de Guerra Fría, fue sustituido por una recurrencia al internacionalismo liberal y la utilización de eufemismos como “poder blando”, “poder inteligente” o “diplomacia pública” (Armitage y Nye, 2007, Nye 2004). Se habló cada vez menos de guerra y más de “intervenciones”. Lo concreto es que esas intervenciones, calificadas como “humanitarias”, por ejemplo, buscaron cumplir con objetivos similares a los planteados durante la Guerra Fría: acceso a recursos energéticos, materiales estratégicos, cambio de régimen, etc. en nombre de la seguridad, la libertad y la democracia (Chomsky, 2004, 2006).

En este “nuevo orden”, adquirió nueva relevancia el concepto de seguridad política. El informe de Desarrollo Humano de 1994 la definió como la prevención de la represión por parte del gobierno, de la violación sistemática de derechos humanos y de amenazas de militarización. Definición caracterizada por el predominio de un liberalismo utópico ansioso de crear un mundo en paz apenas finalizada la Guerra Fría (Hassan, 2015: 87). Se pasó de la seguridad vinculada al Estado, la amenaza nuclear y las revoluciones, a una

concepción centrada en el individuo, en la “dignidad del ser humano”. Esto muestra la visión occidental-liberal que prevaleció en la reorganización del mundo post-Guerra Fría, en una línea que el internacionalismo liberal venía marcando desde finales de la Primera Guerra Mundial. La seguridad política se redujo clara y visiblemente a los cánones de la “seguridad económica”, que solo sería alcanzada sometiendo al Estado, la política y lo político a la lógica del libre mercado.

Estas pautas impulsadas principalmente desde EEUU, encontraron ciertos obstáculos frente al creciente protagonismo de países como China, Rusia, India, Brasil y Sudáfrica, que contribuyeron a fortalecer una dinámica multilateral. Si bien se trata de actores capaces de ejercer cierto contrapeso a nivel global, con instituciones multilaterales propias y posturas en ocasiones distantes o de confrontación con EEUU, la disputa puede asumir alguna tensión en el terreno militar (por ejemplo) sin que ello implique una amenaza directa o cambios sustanciales al sistema internacional capitalista (particularmente en lo referido al orden económico imperante).

En este proceso, los EEUU reivindicaron sin disimulo su rol de potencia hegemónica. La fachada de un mundo en paz y estable se desplomó con el ataque a las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001. A partir de ese momento, volvió a la palestra el concepto “hobbesiano” de seguridad: la amenaza, volvía a ser catalogada como global. Todos podemos ser víctimas, en cualquier lado, en cualquier momento, de un ataque terrorista. Se legaliza el control “total” en resguardo de la seguridad nacional (ver: Ley Patriótica de Estados Unidos, 2002). Se orquestó una combinación entre guerra preventiva y guerra contra el “terrorismo global”, orientada en última instancia por los intereses de las compañías estadounidenses en el petróleo de Medio Oriente (Lacoste, 2008: 46-50). Esta guerra constituyó la base que legitimó la imposición acelerada e impune del neoliberalismo como orden (aparentemente) opuesto al tipo de organización política, económica, social y cultural propicio para el terrorismo (Chomsky, 2004).

Sin embargo, esta expansión neoliberal fue cuestionada desde países periféricos, incluida la concepción de seguridad y de enemigo global. En continuidad con los objetivos del Movimiento de Países No Alineados, algunos gobiernos de la periferia (en particular algunos de América Latina, como Cuba, Venezuela, Bolivia) reclaman la existencia de otros problemas, que no son de “seguridad”, pero que sí son prioritarios para estos países y

que suelen ser puestos en un segundo plano por la comunidad internacional: pobreza, desigualdad, analfabetismo, desempleo, hacinamiento urbano, dependencia cultural. Muchos de estos países reclaman un rol central para el Estado en la intervención de la economía para resolver estos problemas estructurales. Reclaman soberanía política, cultural, alimentaria frente al avance implacable del neoliberalismo (Boron, 2012). Reclaman un paso de las doctrinas de seguridad a doctrinas de defensa en sintonía con políticas de justicia social y derechos humanos. Un ejemplo ha sido el intento de la Unión de Naciones Suramericanas de articular una nueva doctrina de defensa para la región a través del Consejo de Defensa Suramericano, independiente de la planteada por EEUU, con la cual se discute particularmente la “guerra contra las drogas” (UNASUR, 2009). Pero la mayoría de las iniciativas que cuestionan el orden internacional son desdeñadas cuando no rechazadas por los Estados centrales, que se erigen como los únicos capaces de poner las reglas (aunque además se arroguen la potestad de no cumplirlas), máxime en lo referido a seguridad (Guimaraes, 2004).

Frente a las “alternativas” (incluso las más tímidas) al sistema, recrudece la batalla mediante estrategias de poder duro y “poder blando”. El rearme de las potencias y el de países periféricos aumenta en la medida en que Estados Unidos y los Estados de la Unión Europea deciden dar batalla a las “nuevas amenazas”: el terrorismo en Medio Oriente, el narcotráfico en América Latina, los “Estados fallidos y gobiernos autoritarios” en cualquier parte del globo, etc. En las múltiples incursiones, tras la fachada de lucha contra estos enemigos, se persigue, criminaliza, encarcela o aniquilan gobiernos, movimientos, grupos, individuos organizados en torno a programas que cuestionan (con mayor o menor intensidad) el orden neoliberal, el interés y dinámicas de las empresas transnacionales, las relaciones asimétricas centro-periferia, la corrupción y favoritismo de los organismos internacionales. La comunidad internacional se aferra a una noción de “seguridad política” que cuando no legaliza, legitima de igual modo intervenciones “humanitarias”, que terminan propiciando o profundizando escenarios de guerra, de violencia y destrucción de comunidades y espacios de modo permanente (Chomsky, 2006).

Aquellos que a partir de los '90 fueron definidos por la comunidad internacional como “problemas” (terrorismo, narcotráfico, migraciones, pobreza, violencia, corrupción, democracias débiles, etc.), luego del ataque a las Torres Gemelas, pasaron a ser también

causas de inseguridad. Una inseguridad total y permanente, que amenaza tanto a las altas esferas del Estado, como a la vida cotidiana de las capas medias y sectores populares. Se impone en la opinión pública el “problema” de la inseguridad. Especialmente en países periféricos, el problema del siglo XXI es la inseguridad y la inseguridad se impone en los indicadores y mediciones sobre “desarrollo” y “democracia” (desde el Banco Mundial, hasta la CEPAL y Latino barómetro, hasta consultoras privadas), es tema primordial de la prensa hegemónica y se transforma en lema principal de la derecha neoliberal.

Esto habilita un retorno a discursos y prácticas orientadas al orden y la “pacificación” propios de los gobiernos cívico-militares o dictatoriales que prevalecieron durante la Guerra Fría. Los Estados deben aumentar su presupuesto de defensa y el sector privado debe tomar medidas para garantizar su bienestar. La inseguridad permanente, actualiza las doctrinas del miedo y el “privatismo cívico”. El encierro. El abandono de los espacios públicos. La naturalización de conductas clasistas y racistas frente a los “portadores” de la amenaza: pobres, migrantes, musulmanes, políticos/sindicalistas/militantes corruptos, etc. Todos podemos ser víctimas de robo, de corrupción, de violaciones, secuestros o cortes de carretera que alteren la “normalidad”.

La contracara de estas conductas son las múltiples y permanentes luchas y disputas en diversos puntos del planeta contra estos lineamientos y prácticas injustas y estigmatizadoras. Impulsados en buena medida por movimientos sociales, ONGs y fundaciones, se erigen como una crítica al sistema que sin embargo no logran(ni parecen tener por objetivo) cuajar en organizaciones a nivel nacional-internacional capaces de revertir las condiciones estructurales que generan estos problemas (Dean, 2009). Un ejemplo de estas luchas locales, se visualiza en el uso y alcance de las redes sociales, que permiten la organización rápida y por momentos eficaz de eventos políticos en el marco de la democracia 4.0 inaugurada por el desarrollo de nuevas tecnologías de la información. La dinámica en el ciberespacio ayudó a romper el privatismo civil y la apatía política. Sin embargo, junto a este potencial de organización, el ciberespacio también contiene en su origen y dinámica el límite del cambio de las estructuras del orden instituido.

Constituye un límite porque, hasta el momento, es claro que “la revolución no será retuiteada”: las redes sociales pueden facilitar pero nunca reemplazar el poder de las masas en los espacios públicos o en la toma del gobierno y del Estado (Gladwell, 2010; Dean,

2010). Por otra parte, desde los Estados centrales, se conoce el potencial de las redes y por eso las ciberamenazas están a la vanguardia de los peligros del Siglo XXI, que abarcan desde el hackeo a cuentas bancarias hasta la filtración de documentos secretos de gobierno. La publicación de los documentos de Wikileaks reforzó las estrategias ya vigentes para el “control” de la información que circula por la red (reactualizadas a partir del 9/11) (ver: The White House, 2017 y 2015). Las revelaciones de Edward Snowden respecto a un programa como Prisma dan cuenta de que “todos somos potenciales enemigos” según la estrategia de seguridad nacional de EEUU. La persecución y criminalización de individuos, grupos, movimientos políticos y sociales y gobiernos que se opongan con mayor o menor intensidad o éxito al capitalismo neoliberal, también será en el ciberespacio, a través de la red (Assange, 2014).

El objetivo de la seguridad política, tal como ha sido (re)definida—al menos desde la Guerra Fría hasta nuestros días—procura resguardar los intereses de minorías privilegiadas de Estados centrales que suelen ser reproducidas por oligarquías de la periferia (a excepción de los procesos de cambio que apostaron por una refundación del Estado, como los mencionados ejemplos de gobiernos progresistas en América Latina). Y esta definición y prácticas de seguridad se sostienen no solo por el poder material de estas élites, sino debido a su influencia en la toma de decisión y gracias a las eficaces herramientas de reproducción ideológica mediante las que construyen hegemonía y se conectan a través de una red de poder global: medios de comunicación hegemónicos, *think-tanks*, universidades, productos culturales, que construyen un sentido común sobre democracia, libertad, inseguridad, etc. que se ha expandido en buena parte del globo (Hamm, 2014).

Si bien la noción de seguridad política se encuentra en permanente redefinición y discusión (Baldwin, 1997), es aceptada en términos generales por la comunidad y los organismos internacionales, aunque en los hechos pueda utilizarse para legitimar intervenciones antidemocráticas y violentas que, paradójicamente, cercenan la posibilidad de una “vida segura” para millones de habitantes del planeta. Aquellos Estados, gobiernos, movimientos políticos y sociales que cuestionan en el discurso en intentan obstaculizar en la práctica el orden instituido, incluida la definición hegemónica de seguridad que contribuye a mantener el sistema, son catalogados como “fallidos” cuando no

criminalizados y sometidos a la amenaza permanente de ser expulsados o aislados del sistema internacional.

Bibliografía

- Armitage, Richard y Nye Joseph (2007) “CSIS Commission on Smart Power. A smarter more secure America” *Center for Strategic & International Studies*, Washington DC. Recuperado de: http://csis.org/files/media/csis/pubs/071106_csissmartpowerreport.pdf
- Assange, Julian (2014) “Google is not what it seems”, Recuperado de: <https://wikileaks.org/google-is-not-what-it-seems/>
- Baldwin, David (1997) “The concept of security”. *Review of International Studies*, 23, pp 5-26.
- Barnet, Richard (1974) *Guerra perpetua: Los hombres y las instituciones responsables de la política exterior de Estados Unidos*. México: FCE.
- Berkowitz, P (2004) “Why liberal democracy in America depends on promoting liberal democracy abroad” en *The War on Terror, Bush and the Liberal Tradition*. Hoover Institution. Recuperado de: <http://www.hoover.org/publications/digest/3043131.html>
- Boron, Atilio (2012) *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Buenos Aires: Luxemburg.
- Chomsky, Noam (2006) *Failed States. The abuse of power and the assault on democracy*. New York: Metropolitan Books.
- Chomsky, N. (2004) *Hegemonía o supervivencia. El dominio mundial de Estados Unidos*. Bs. As: Norma.
- Crozier, Michael, Huntington, Paul y Watanuki, Joji (1975) *The crisis of democracy. Report on the governability of democracies to the Trilateral Commission*. New York University Press.
- Dean, Jodi (2009) *Democracy and other liberal fantasies. Communicative capitalism and left politics*. Londres: Duke University Press.
- Foreign Relations of the United States (FRUS), 1945-1950. Emergence of the intelligence establishment. Psychological and political warfare 1945-1950. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1945-50Intel/ch7>

- Glick, Brian (2009) “COINTELPRO revisited: spying & disruption” en *Third World Traveler*. Recuperado de: http://www.thirdworldtraveler.com/FBI/COINTELPRO_Revisited.html
- Hamm, Bernd (4 junio 2014) “Power and the Global Ruling Class. Who Rules the World? The End of Democracy as We Know It”. *Global Research*. Recuperado de <http://www.globalresearch.ca/power-and-the-global-ruling-class-who-rules-the-world/5385221>
- Hassan, Oz (2016) “Political security: from the 1990s to the Arab Spring”. *Contemporary Politics*, 21: 1, pp. 86-99.
- Hobsbawm, Eric, (1999), *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Grijalbo.
- Hoffmann, Stanley (1991) “Una Ciencia Social Norteamericana: relaciones internacionales”. En Hoffmann, Stanley *Jano y Minerva. Ensayos sobre la Guerra y la paz*. Buenos Aires: GEL.
- Gladwell, Malcom (4 octubre 2010) “Why the revolution will not be tweeted”. *The New Yorker*. Recuperado de <https://www.newyorker.com/magazine/2010/10/04/small-change-malcolm-gladwell>
- González Casanova, Pablo (1979). *Imperialismo y liberación. Una introducción a la historia contemporánea de América Latina*. México: Siglo XXI
- Guimaraes, Samuel (2004) *Cinco Siglos de Periferia. Una contribución al estudio de la política internacional*. Buenos Aires: Prometeo.
- Kissinger, Henry (1992) “Unsolved Problems” *Trilateral Commission Annual Meeting*, Lisboa. Recuperado de: <http://trilateral.org/file/77>
- Kissinger, Henry *National Security Study Memorandum 200*, abril 1974. Consejo de Seguridad Nacional.
- Johnson, Dale (1970) “Dependencia, desnacionalización del desarrollo y sistema internacional” en Gunder Frank, André; Cockroft, James y Johnson, Dale, *Economía política del subdesarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Signos, pp. 93-192.
- Lacoste, Yves (2008) *Geopolítica. La larga historia del presente*. Madrid: Síntesis.
- Ley Patriótica de los Estados Unidos. Disponible en: <http://interamerican-usa.com/articulos/Leyes/US-Patriot%20Act.htm>

- Lippman, Walter (1943) *U.S. Foreign Policy. Shield of the Republic*. New York: Pocket Books.
- Mattelart, Armand y Mattelart, Michéle. *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona: Paidós, 1997.
- Maull, Hans (1991-1992) “Civilian power: the concept and its relevance for security issues” *Trilateral Commission Working Group Papers*, New York.
- Nye, Joseph (2011) “The war on soft power” *Foreign Policy*, April. Recuperado de: http://www.foreignpolicy.com/articles/2011/04/12/the_war_on_soft_power
- Griffin, Robert y Baker, Paula (eds.) (2001) *Major problems in American history since 1945*. Boston: Houghton Mifflin.
- Guimaraes, Samuel (2004) *Cinco Siglos de Periferia. Una contribución al estudio de la política internacional*. Buenos Aires: Prometeo.
- Romano, Silvina (2013) *¿América para los americanos? Integración regional, dependencia militarización*. La Habana: Ruth Casa Editorial.
- Romano, Silvina (2010) “Democracia liberal y seguridad en el Gobierno estadounidense: continuidades y rupturas” en Gandasegui, Marco y Castillo Fernández, Dídimo *Estados Unidos: la crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación*. México: CLACSO-Siglo XXI, pp. 360-384.
- Said, Edward (2004) *Orientalismo*. Madrid: DeBolsillo.
- Said, Edward (1996) *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Anagrama.
- Vasquez, John (1991) *El Poder de la Política del Poder*. Madrid: Gernika.
- Stone, Oliver y Kuznick, Peter (2012) *The untold history of the United States*. New York: Gallery Books.
- Schmidt, Dana (18 junio 1971) “President orders wider drug fight, asks \$155 million”. *The New York Times*, pp 1 y 22.
- The Trilateral Commission (North America) Records. *Rockefeller Archive Center*. Recuperado de: <http://rockarch.org/collections/rockorgs/miscorgs.php#trilateral>
- The White House , President Donald Trump 11 mayo 2017 “Presidential Executive Order on Strengthening the Cybersecurity of Federal Networks and Critical Infrastructure”. Recuperado de: <https://www.whitehouse.gov/the-press-office/2017/05/11/presidential-executive-order-strengthening-cybersecurity-federal>

- The White House, President Obama, 2015 “Our Latest Tool to Combat Cyber Attacks: What You Need to Know”. Recuperado de:
- <https://obamawhitehouse.archives.gov/blog/2015/04/01/our-latest-tool-combat-cyber-attacks-what-you-need-know>
- UNASUR (2009) Consejo Suramericano sobre el problema mundial de las drogas. Recuperado de: <http://www.unasursg.org/es/consejo-suramericano-sobre-el-problema-mundial-de-las-drogas>
- Wills, G. (2010) *Bomb power. The modern presidency and the national security state*. New York: Penguin Books.
- Wright Mills, Charles (1978) *La élite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.